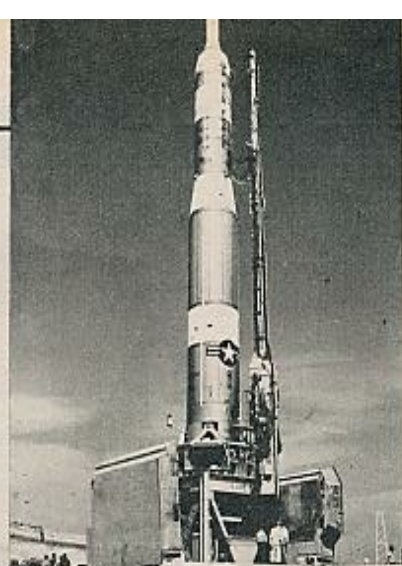


RENACIMIENTO DE LA DESCONFIANZA



WASHINGTON culpa a Hanoi, Hanoi culpa a Washington, y la paz en el Vietnam no se hace. Como consecuencia, se endurece la guerra. Y se impregna de esa guerra endurecida todo lo que sucede en el mundo. Es imposible evitar que su sombra se agrande; llega hasta Ginebra y atañe los intentos de pequeños o lejanos acuerdos de desarme, o por lo menos de no proliferación del arma atómica. De cuando en cuando reaparece el abrupto lenguaje de la guerra fría. Adenauer, en la conferencia de Madrid, ha dicho que el proyecto de tratado de no diseminación es un complot ruso para minar la Europa del futuro. Adenauer es hoy un particular —probablemente el abuso en la exposición de ideas similares fue lo que le apartó del poder—, pero su representación es grande: se cree que el texto de la conferencia fue leído previamente por Kiesinger. Strauss no es un particular: es el ministro de Finanzas de la Alemania federal y, según se dice, ha enviado una carta energética a Kiesinger en la que le amenaza con la dimisión si acepta el pacto de no diseminación del arma nuclear. Strauss, como ministro de Finanzas, actúa en nombre de la nueva línea alemana occidental contra el pacto antinuclear: en el sentido de que puede ser perjudicial para una reconstrucción europea industrial que un futuro aún lejano debería hacerse con ayuda de la energía nuclear. Pero no es posible olvidar que Strauss fue ministro de Defensa precisamente con Adenauer durante seis años, creador del rearme alemán, autoritario y personalista, intransigente a todo principio de coexistencia; tuvo que dimitir acusado de haber mentido al Parlamento (en el asunto del semanario «Spiegel», cuyos redactores habían sido detenidos por orden de Strauss que les acusaba en falso) y ha vuelto al gobierno no solamente por la ayuda de sus amigos —los «duros» de la dura Alemania occidental—, sino de sus enemigos, que consideraban que podía ser menos dañino dentro del gobierno que ejerciendo toda clase de presiones políticas desde la oposición.

Sobre este esfuerzo de retroceso por parte de los «duros» se inscribe el del propio Kiesinger, que intenta aparecer como un partidario de la conciliación, pero que no cesa en sus empeños de minar el terreno a los acuerdos antinucleares. En una conferencia televisada al país —17 de febrero— ha vuelto a expresar la primacía de los intereses económicos. «La utilización pacífica de la energía atómica, las investigaciones nucleares, no deben ser bloqueadas». «La explotación técnica puede aprovechar a la economía; nosotros debemos participar. Hay que impedir que quedemos demasiado atrás».

Johnson va más lejos. El presidente de los Estados Unidos, que es, con la URSS, creador de este intento de pacto de no diseminación del arma nuclear, constata que al mismo tiempo los dos países han llegado a un «estado crítico» en la «decepcionante historia de la carrera de armamentos». «Los dos campos pueden llegar a tomar decisiones que pueden engendrar una nueva espiral ascendente; es paradójico que esto suceda precisamente en el momento en que nuestro antagonismo mutuo comienza a desaparecer». La inquietud de Johnson se basa en un tema que ha sido ya analizado más de una vez en las páginas de TRIUNFO: la ruptura del equilibrio del terror como consecuencia de la instalación por parte de la URSS de un sistema defensivo contra los cohetes balísticos nucleares. Para Johnson esta defensa supone «una nueva escalada, costosa y vana, de la carrera de armamentos», capaz de borrar «de un golpe todos los progresos realizados». El comentarista Jean Schwobel dice («Le Monde», 19-20 de febrero) que «todo el mundo sabe perfectamente que esta escalada está en relación con la que se realiza en el Vietnam, a la que no ha hecho ninguna alusión. Sin embargo, sea cual sea el deseo de concluir un acuerdo de desarme general o parcial, éste supone que debe haber un mínimo de confianza entre los países que deban participar

por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

en él». La confianza, como se ve, no está a la orden del día. Moscú teme seriamente que la situación del sudeste asiático, donde los americanos intentan por todos los medios romper un equilibrio geopolítico en su favor, pueda llegar a desembocar en una situación atómica si es que prevalecen los esfuerzos del sector duro americano de «castigar» a China intentando destruir sus instalaciones nucleares.

Johnson ha pretendido que la URSS concluyese con Estados Unidos un acuerdo de «no defensa»; esto es, de renunciación mutua a la creación de una red de cohetes anticohetes. No parece que vaya a tener una respuesta afirmativa. La URSS cree que tiene derecho a la defensa no sólo por una antigua tradición cultivada en Rusia según la cual su país ha realizado siempre guerras defensivas y no ofensivas, sino porque estima que el equilibrio de armamentos ha sido ya roto por Estados Unidos que disponen de un mayor número de proyectiles balísticos nucleares intercontinentales —en proporción de cuatro por uno, se suele estimar— y porque creen que la intensificación continua de la guerra en el Vietnam, la misma guerra en sí, no es un asunto puramente local, un simple caso de prestigio como parecen creer muchos observadores, o de ayuda a un «gobierno amigo» en apuros, como dicen los informadores oficiales de Washington, sino un episodio en una política de dominio global, reemprendida y sostenida tras el asesinato del presidente Kennedy. Es decir, que mientras Johnson acusa a la URSS de «escalada» en la carrera de armamento, en la URSS se estima que la «escalada» corresponde precisamente a Washington —inventor del término— y no sólo en Vietnam, sino mediante una acción incesante en todo el mundo. Lo que propone es un pacto que no se refiera exclusivamente a la anulación de los sistemas defensivos, sino que se prolongue también a las armas ofensivas; y que se inicie, precisamente, con un paso atrás en la guerra del Vietnam. Este era el sentido de la propuesta de Kosygin en su discurso de Londres; Johnson no ha respondido, y los bombardeos del Vietnam del Norte, cuya detención debería ser el primer síntoma de que Estados Unidos entendían, no sólo no se detuvieron, sino que son cada vez más brutales. Inútilmente brutales, como ha dicho un militar americano, el general Gavin, hablando ante la comisión de Asuntos Exteriores del Senado: «Han causado un número considerable de víctimas civiles, pero no han detenido las infiltraciones en el Sur y han provocado la hostilidad de los pueblos del mundo entero». Gavin ha señalado que un paso más en la escalada como el empleo masivo de la potencia americana para ocupar Hanoi y Haifon «sería de lo más peligroso porque resolvería el problema de la unidad de los chinos y les induciría a intervenir rápidamente para salvar a Vietnam del Norte».

Tras este renacimiento de la desconfianza en el mundo, la firma del tratado de paz en el espacio y sobre todo la afirmación de un pacto de no diseminación del arma nuclear ha quedado momentáneamente bloqueada. Hace pocos días reinaba el optimismo en las tres capitales nucleares del mundo —Londres, Washington y Moscú; Pekín y París no tienen todavía fuerza nuclear militar como para ser decisivas— y se estimaba que bastaría con que se iniciase de nuevo la negociación de «los dieciocho» en Ginebra —que son en realidad 17, porque Francia, sin renunciar, no envía representante— para que las cláusulas del pacto quedasen rápidamente redactadas y estuviera en disposición de ser firmado. Ahora, por el contrario, parece que está momentáneamente bloqueado, y esta fisura es la que aprovecha Alemania occidental para presentar su oposición, llamada industrial y para atraer a otros países temerosos de una hegemonía conjunta americano-soviética a sus tesis.